

el patriarca era el que tenía la culpa de todo, pues pretendía sublevar á la ciudad y á los soldados contra su autoridad. San Daniel, á quien Dios había ilustrado con una luz especial, no se dejó engañar por el tirano; sino que le envió á decir por medio de su mensajero, que, puesto que se había rebelado contra Dios, éste aniquilaría su poder. El mensajero no se atrevió á encargarse de esta misión, y rogó al Santo que pusiese por escrito su respuesta, y sellase la carta, como así lo hizo.

El patriarca Acacio creyó que esto no era suficiente, sino que era preciso que el Santo viniese personalmente, y por dos veces le envió á varios obispos para que lo hiciese. Accedió efectivamente despues de consultar á Dios, el cual le ordenó que bajase de su columna para ir en auxilio de la Iglesia. Los obispos le recibieron con grandes demostraciones de gozo, y Daniel añadió á lo que en su carta había dicho á Basilisco terribles amenazas para lo presente y lo futuro. Le comparó al mismo Diocleciano, y le dijo que sólomente en la huida podría encontrar seguridad. El tirano respondió que desde luego salía de la ciudad, y lo hizo prestando que iba á tomar los aires de la campiña. Daniel resolvió seguirle para hablarle más extensamente. Iba acompañado de los monjes y de una gran parte del pueblo, que le llevaban en brazos, porque no podía andar.

En el camino curó milagrosamente á un leproso que fué conducido á la gran iglesia, y llevado al coro, para que todo el mundo fuese testigo de este milagro. Basilisco se había retirado al palacio de Hebdemón, á donde se dirigió Daniel con el fin de hablarle. Un señor godo que desde su ventana le vió llevado en brazos, como ya hemos dicho, dijo con indignación: « Hé aquí un nuevo cónsul; » pero al punto cayó muerto. Espantados los guardias con este accidente, temieron que á Basilisco ó á ellos les suce-

diera lo mismo, y no permitieron que entrase el Santo en el palacio. Pero éste, para evitar tumultos, dijo á los que le llevaban que sacudiesen el polvo de su calzado, como dijo el Salvador á sus discípulos, y que volviesen á la ciudad.

Muchos soldados de la guardia, al ver su hábito penitente y su virtud, dejaron el palacio y le siguieron. Basilisco, impresionado con la repentina muerte del godo, envió á decir al Santo que volviese á su palacio; pero Daniel lo rehusó, diciendo que el que se había rebelado contra Dios no escaparía de su justicia, y sería despojado muy pronto de su poder. Al hablar de esta manera, sacudió el polvo que quedaba sobre su túnica. Basilisco se llenó entonces de temor, y mucho más viendo caer repentinamente y sin que amenazase ruina la torre del palacio.

Al regresar Daniel á la ciudad, libró á dos poseidos del demonio é hizo otros milagros. Un patricio le rogó, á imitación de Zaqueo, que se hospedase en su casa, y ésta fué colmada de bendiciones. Pasó en seguida á la gran iglesia, en la que Acacio y todo el pueblo le recibieron con grandes demostraciones de gozo. En esta ocasión sucedió una cosa muy extraordinaria; una serpiente de aterradora mirada se deslizó á través de la multitud y vino á enroscarse en las piernas del Santo. Todos se apresuraron á librarle de ella; pero Daniel, sin atemorizarse, le dijo con autoridad: « Vuelve al agujero de que has salido. » Y ¡ cosa admirable! la serpiente obedeció sin hacer daño á nadie, y no volvió á verse más.

Dios quiso manifestar con este prodigio, dice el cardenal Baronio, que el Santo había triunfado de la antigua serpiente en recompensa del servicio que había prestado á la Iglesia. En efecto, temiendo cada vez más Basilisco la virtud del Santo, y habiéndole rogado inútilmente que viniese á su palacio, tomó la resolución de ir á verle en Constan-

tinopla. Aquí se arrojó á sus pies y abrazó sus rodillas para pedirle perdón; pero Daniel que, ilustrado con una luz celestial, penetraba el fondo de su corazón, y que sabía que su arrepentimiento no era sincero, le habló con energía, y aseguró á todo el mundo que la cólera del cielo iba á caer sobre él, prediciendo otras muchas cosas.

Después de arreglar algunos asuntos relativos á la Iglesia, volvió á su columna, de la cual no había bajado sino por la gloria de Dios y por su orden expresa. No tardó en verificarse todo lo que había anunciado á Basilisco. Este tirano dió otra circular en favor del concilio de Calcedonia y para retractarse de todo lo que había dicho y hecho en favor de los eutiquianos; pero no por esto escapó á la cólera divina. Sus propios generales le hicieron traición pasándose al partido de Zenón, y cuando éste llegó á ciudad, fué recibido por el senado y por el pueblo, y entró en el palacio ántes de que el tirano se apercibiese de ello. En situación tan apurada pudo refugiarse juntamente con su mujer é hijos, en el bautisterio de la gran iglesia.

Zenón mandó que se le despojase de las insignias imperiales que había usurpado. Dice Procopio que Acacio lo entregó como indigno de la gracia de asilo, á causa de los males que había causado á la fé. Dícese que Zenón prometió evitar la efusión de sangre: así es que, congregando á los obispos y al senado, fué condenado Basilisco al destierro en un castillo, llamado Limaco, cerca de Cucusán. Los autores no convienen acerca de su fin. Unos dicen que se le cortó la cabeza ántes de llegar al castillo; mientras que otros, y ésta es la opinión más seguida, aseguran que se le encerró en una torre de este castillo, en donde se le privó de las cosas más necesarias para la vida, de modo que él y su familia perecieron de hambre y de frío, habiéndoseles encontrado abrazados unos con otros.

Una vez restablecido Zenón en el trono, fué, en compa-

ña de su esposa, á visitar á san Daniel, que con tanta precisión le había anunciado su destronamiento y su reposición. Anuló todo lo que el tirano había ordenado contra la fé y la Iglesia. ¡ Feliz él, si siempre hubiera seguido los consejos de este gran Santo !

San Daniel vivió diez años después, é hizo célebre este resto de su vida por la multitud de milagros que obró, y que pueden verse en su historia. Predijo su muerte, como había predicho otras tantas cosas, y cuando la vió acercarse, hizo escribir una pequeña exhortación á sus discípulos, que fué como su testamento. He aquí lo que decía en ella: « Hijos y hermanos míos, pues una y otra cosa sois: hijos, porque soy vuestro padre espiritual, y hermanos, porque Dios es nuestro padre común. Os amo demasiado para que pueda dejaros huérfanos y doloridos por la pérdida de vuestro padre. Dejo al Padre celestial el cuidado de velar por vosotros, pues tanto á vosotros como á mí nos ha creado: él, que ha hecho todas las cosas con sabiduría y con razón, que ha bajado de los cielos y venido á la tierra, que ha muerto y resucitado por nosotros: él, repito, estará con vosotros y os preservará de todo mal. El es dueño de todas las cosas, y por lo mismo que su sabiduría es infinita, os conservará según su voluntad. Como padre amantísimo, os tratará con bondad: si llegaseis á errar, os tenderá los brazos de su misericordia para atraeros á sí. El conservará la paz y la unión entre vosotros. Así se lo pido por la bondad con que se entregó á la muerte por nosotros. Abrazad la humildad, practicad la obediencia, ejerced la hospitalidad, guardad los ayunos, observad las vigiliass y amad la pobreza; pero, sobre todo, conservad la caridad, que es el principal de los mandamientos. Permaneced firmes en la piedad; evitad la zizaña de los herejes, y jamás os separeis de la Iglesia, nuestra madre. Si observais todas estas cosas, vuestra piedad será perfecta. »

El cardenal Baronio considera estas últimas palabras como uno de los principales caracteres de su santidad. « No debe olvidarse, dice, que este gran Santo, á quien Dios había hecho tan célebre por sus milagros, hallándose á las puertas de la muerte, recomendó á sus discípulos, como último consejo y voluntad, que se conservasen fieles á la verdad católica. »

El Santo celebró por última vez el santo Sacrificio á media noche, y tres horas ántes de morir. Su historiador asegura que vió á muchos santos y ángeles que, en aquel supremo trance, vinieron á recibir su espíritu, y que un poseído que se hallaba presente los vió también: que el Santo murió á la hora de tercia, y que en el momento de espirar fué librado del demonio este poseído. Acacio no existía ya, y Eufemio, que le había sucedido en el gobierno de la iglesia de Constantinopla, corrió á recibir su último suspiro. Una señora muy piadosa, llamada Rhaïs, á quien había alcanzado un hijo con sus oraciones, se apresuró también á venir; pues el Santo tenía dispuesto que sólomente ella preparase las cosas necesarias á su sepultura, lo que ejecutó con la mayor devoción. Hizo encerrar el cadáver en una caja de plomo, y depositarlo en una tumba que mandó construir al pié de la columna. Se cree que su bienaventurada muerte acaeció el 11 de diciembre, en cuyo día celebran su fiesta tanto la iglesia latina como la griega, hacia el año 494, y el octogésimo de su edad.

No debemos olvidar que, según asegura Teodoro el Lector, si bién es verdad que san Daniel tuvo una parte muy principal en la victoria alcanzada contra el tirano Basilisco, compartió, sin embargo, la gloria de ella con otro monje, llamado Olimpo, que habló al tirano con la misma libertad.

El autor de la vida de san Daniel alaba principalmente entre sus discípulos á Tito y Anatolio. Tito era el conde

Edram, de cuya conversión algo hemos dicho ya. Era un señor bárbaro, avezado á la guerra y á la carnicería, y que mandaba una parte muy considerable del ejército de su nación. Por su bravura fué muy estimado del emperador León, que le atrajo á su servicio y le hizo gran escudero. Este príncipe que, como ya hemos dicho, enviaba á todas las personas distinguidas á que visitasen á san Daniel, para que recibiesen su bendición y admirasen su penitencia, envió también al conde, el cual quedó tan impresionado con las instrucciones que recibió, y con el ejemplo de sus virtudes, que determinó abandonarlo todo para abrazar la vida monástica. Congregó á todos los que de él dependían, les dirigió un largo discurso sobre la vanidad de las cosas de la tierra, y les demostró que era muy indigno del hombre derramar sangre humana. Les manifestó su resolución, y les exhortó á seguirle. Dos bárbaros, que ni aún siquiera habían oído hablar de Jesucristo, se sintieron cambiados por su elocuencia, animada por la gracia, en hombres nuevos, y quisieron imitarle en su retiro. Los demás se contentaron con que les abonase sus estipendios. San Daniel le impuso el hábito religioso y cambió su nombre por el de Tito.

El emperador se sintió muy afligido con esta resolución, que le privaba de un oficial de mucho mérito. Quiso disuadirle, pero no lo consiguió. Este príncipe le estimó en adelante mucho más, y cuando venía á visitar á san Daniel, veía también á Tito, y recibía con gozo sus instrucciones. Perseveró en su resolución hasta el fin de su vida, y se hizo recomendable por sus vigiliias y ayunos.

Anatolio le había servido en el mundo y le imitó en su conversión. Se hizo recomendable por su virtud, que brilló de una manera extraordinaria despues de la muerte de Tito. Tuvo doce discípulos que se esforzaron por imitar su fervor. Se le edificaron un monasterio y una igle-

sia. En 518 había en Constantinopla un Anatolio, abad del monasterio de Astero, y otro del monasterio de Filipo.

PROPAGACION DEL ESTADO MONASTICO
EN LA MEDIA, LA PERSIA, LA ARMENIA, LA ESCITIA,
LA BACTRIANA Y LA INDIA POR AONEZ
O EUGENIO Y SUS DISCIPULOS ¹.

Hemos dicho en otro lugar que Aonez ó Eugenio no fué el primero que hizo conocer el estado monástico en la Siria y en la Mesopotamia. Sin embargo, no hemos pretendido negar el impulso que le dió este santo varón, por sí ó por sus discípulos, fundando muchos monasterios en las provincias y paises comarcanos. Estos hechos son independientes de las actas de santa Febronia, que hemos dado como verdaderas, y del monasterio del abad Marcelo, que hemos supuesto ser anteriores á los de Eugenio. Éste pudo muy bién venir á la Mesopotamia despues de aquel, y hacer lo que hizo san Antonio en Egipto, san Pacomio en la Alta Tebaida y san Hilarión en Palestina.

Los autores sirios que se citan para la historia de Eugenio, dicen que primeramente profesó la vida religiosa en Egipto, y en tiempo de san Antonio, de quién fue discípulo, y que despues vino á la Mesopotamia con veintiocho de sus compañeros; que se estableció en el Monte-Isla, cerca de Nisibe, y edificó un monasterio; que curó á los hi-

¹ Assemani.

